



# El embajador Jesús Puente Leyva

POR LIC. FRANCISCO VALDÉS TREVIÑO

Jesús Puente Leyva fue economista de profesión egresado de la Facultad de Economía de la Universidad de Nuevo León, diputado federal, campeón nacional de oratoria, Premio Nacional de Economía, Director General adjunto de Nacional Financiera, maestro universitario y uno de los más destacados embajadores mexicanos. Uno de sus más cercanos amigos en su obra *La Diplomacia Mexicana. Cancilleres y embajadores de Nuevo León*, trazó un perfil de su vida y obra.

“ Los caminos para llegar a la diplomacia no siempre son muy expeditos ni son deliberados”, me respondió Jesús Puente Leyva cuando le pregunté la forma en que ingresó al Servicio Exterior Mexicano. En efecto, durante el segundo semestre de 1980, recientemente concluida su función legislativa como diputado federal, estaba por irse a cumplir tareas académicas a la Universidad de California, que lo había contratado para dirigir un seminario de investigación acerca de las relaciones sobre energéticos –básicamente el petróleo– entre México y los Estados Unidos.

Para despedirse formalmente visitó al presidente José López Portillo, quien antes le había hecho algunas ofertas de trabajo sin que hubieran sido de su especial interés, pues no tenían relación alguna con la política como tal, sino más bien con la administración de empresas públicas.

Al enterarse de sus planes, López Portillo le dijo –burlas veras– que lo desautorizaba a salir del país, dicho esto, por supuesto, en términos

políticos, y le pidió lo visitara de nuevo al día siguiente para conversar con más calma. Acudió a la cita y el Presidente le dijo que comprendía sus deseos de “ver el cambio sexenal desde afuera” pero que no lo hiciera dando clases en una universidad norteamericana, y le preguntó si aceptaba ser embajador.

Puente Leyva no esperaba una oferta como esa, sin embargo, con la agilidad mental que siempre le caracterizó, le respondió al Presidente que si acaso le interesara una embajada tendría que ver con aquello para lo cual estuviera habilitado técnicamente y acorde con su experiencia. En ese sentido, agregó, que tal vez el destino pudiera ser Venezuela por el tema del petróleo, a cuyo estudio se había dedicado por tres años al grado de que llegó a ser un especialista en la materia.

Pocos meses después, en enero de 1981, Jesús Puente Leyva presentaba sus Cartas Credenciales al Presidente Luis Herrera Campins que lo acreditaban como Embajador de México en Venezuela.

Así se inició su fructífera trayectoria de embajador, que cumplió 23 años. Lo fue en cuatro países: Venezuela, Perú, Argentina y Uruguay. Durante su primera estancia en Venezuela estuvo más de cinco años, en Perú casi cuatro, en Argentina cinco, seis años de nuevo en Venezuela y más de dos en Uruguay. En cada país estuvo más tiempo de lo que usualmente se acostumbra. En todos ellos ejerció sus funciones eficazmente. Haber sido testigo de su trabajo me permite afirmar que lo cumplió con excelencia, brillantemente. Un embajador, sobre todo si no es de carrera, no dura tanto tiempo en un país a menos que haya tenido una presencia activa y un reconocido desempeño eficiente, como fue el caso de Puente Leyva.

#### “El destino me alcanza”

Puente Leyva no llegó al rango de embajador de manera improvisada. Cuando fue designado contaba ya con una valiosa experiencia en los asuntos de orden internacional. En su calidad de asesor del Presidente Luis Echeverría había participado en la redacción del proyecto de la Carta de Deberes y Derechos Económicos de los Estados, al lado de Ricardo Valero, Víctor Alfonso Maldonado y Porfirio Muñoz Ledo.

intercambio de información con representantes del Grupo Andino, para lo cual asistió a la sede de la Junta de Cartagena en Lima, junto con Francisco Javier Alejo y Miguel Wionczek. De igual manera, durante el gobierno de Echeverría, fueron comisionados Puente Leyva y Wionczek para realizar un viaje por Bruselas, París y Ginebra, con el fin de recabar información acerca de la entonces llamada Comunidad Económica Europea, hoy Unión Europea, e ir estableciendo contactos que, en su momento, pudieran abrir las puertas para el diálogo entre México y dicho organismo.

Cierto día, el presidente Echeverría le comentó la conveniencia de que en países estratégicos fueran nombrados embajadores capaces de fomentar y dar impulso a nuestras exportaciones, para lo cual le solicitó que le presentara una lista de economistas que pudieran ser prospectos para ello.

Cuando Puente Leyva le presentó dicha lista, Echeverría la leyó con detenimiento y, mirándolo de frente, le dijo: “Aquí falta un nombre”, ¿Cuál?, preguntó Jesús, “el suyo”, a lo que le respondió que no estaba interesado en salir del país. Pasaron unos años y otro presidente lo designaría embajador, porque para decirlo con una expresión muy de Puente Leyva y que, en este caso, él

## Cuando Puente Leyva llegó al rango de embajador, contaba con valiosa experiencia en asuntos de orden internacional.

Comisionado de manera extraoficial por el mismo Presidente Echeverría, Puente Leyva viajó a Santiago de Chile para presentar y comentar el proyecto con varios ministros del gabinete del Presidente Salvador Allende, los cuales le recomendaron, atendiendo los deseos de Echeverría, que la Carta se propusiera en la reunión de la UNCTAD –Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo– que ese año, 1972, tuvo lugar en Chile. Como se sabe, finalmente la Carta fue aprobada por la Asamblea General de la ONU en 1974 y constituye una de las más valiosas aportaciones de México a la comunidad mundial.

Antes de ser nombrado embajador, Puente Leyva había participado en conversaciones e

mismo se la aplicaba: “Por más que uno corra, el destino me alcanza”.

#### Activo universitario

Jesús Puente Leyva nació en la Ciudad de México el 24 de septiembre de 1937, fue nuevoleonés por derecho propio. Díganlo si no los siguientes datos: en la Universidad de Nuevo León cursó sus estudios de bachillerato en la escuela Preparatoria No. 3 Nocturna; y profesionales en la Facultad de Economía, de la que después fue maestro e investigador del Centro de Investigaciones Económicas por cuatro años. En esa época –1968– realizó el excelente trabajo de investigación que le mereció el Premio Nacional de Economía: *Distribución y redistribución del*



El gobernador Raúl Rangel Frías comenta la obra de la joven artista Agueda Lozano, durante su exposición artística celebrada en La Ciudadela, en 1961, cuya presentación estuvo a cargo de Puente Leyva y Francisco Valdés Treviño.

*ingreso en un área urbana: el caso Monterrey* y que fue publicado por la editorial Siglo XXI.

Su vida laboral la inició desde muy joven, pues a los 18 años ingresó como aprendiz de impresor y terminó como coordinador de catalogación en la biblioteca del Instituto Tecnológico de Monterrey, donde tuvo como jefes al excelente maestro en letras Luis Astey y al ameritado historiador Eugenio del Hoyo.

Durante sus épocas de estudiante formó parte activa de las Misiones Universitarias y de la Revista Musical Universitaria; representando a Nuevo León fue campeón nacional de oratoria en el concurso organizado por *El Universal* en el año de 1960; fue campeón estatal de oratoria del PRI.

Trabajó en la Dirección de Planificación del Gobierno del Estado de Nuevo León al final de la administración que presidió el licenciado Eduardo Livas; y a principios de la del licenciado Eduardo A. Elizondo. Fue diputado federal por el VI Distrito, en aquel entonces el más extenso de Nuevo León, de 1976 a 1979, y coordinó la representación de dicho Estado en la L Legislatura. Fue entonces en Nuevo León donde estudió, se formó profesionalmente, contrajo

nupcias, trabajó por muchos años y representó al Estado en instancias y eventos académicos y políticos. Por todo ello lo consideramos tan nuevoleonés como el Cerro de la Silla. Es, sin lugar a dudas y por sobradas razones, un nuevoleonés por adopción.

#### **Impulsó a México en el contexto continental**

Como embajador llegó a Venezuela en una coyuntura de verdadera trascendencia para las relaciones entre ambos países, teniendo como referencia común el importante tema del petróleo. Aportó su valiosa experiencia acumulada en esta materia para la puesta en marcha del Pacto de San José, convenio de colaboración petrolera con los países de Centroamérica.

Participó también, durante su primera comisión en Venezuela, en una de las acciones regionales de mayor trascendencia histórica: el quehacer del Grupo Contadora, cuya gestión fue determinante para evitar una conflagración en Centroamérica.

Su sólida formación de economista – recordemos que en 1968 obtuvo el Premio Nacional en la materia– le permitió ejercer con éxito la representación de México ante el Sistema Económico Latinoamericano, SELA, organismo

que en su momento fue una instancia importante en el escenario económico-político de la región.

Con motivo de conmemorarse el bicentenario del natalicio de Simón Bolívar, en 1983, consiguió llevar a Venezuela nada menos que una exposición del Templo Mayor. Era, probablemente, la más importante muestra arqueológica que México había presentado en América Latina. Además promovió otras actividades de orden cultural que fortalecieron señaladamente los vínculos mexicano-venezolanos. Al cumplirse el centenario del natalicio de Rómulo Gallegos, Puente Leyva creó y promovió eventos de significación en torno a esta figura de la literatura latinoamericana.

Por aquel entonces ya estaba yo adscrito como Agregado Cultural de nuestra embajada en Venezuela y me resultó sumamente grato colaborar con el embajador Puente Leyva en estas tareas. Fueron muchas, pero citaré sólo una más que da una idea de la importancia que tienen las manifestaciones culturales de México en aquel país. Organizamos, en coordinación con el Museo Nacional de Bellas Artes, una exposición con obras de José Luis Cuevas. Fue todo un éxito.

Cuando el presidente Miguel de la Madrid dispuso su cambio a Perú a mediados de 1986 las despedidas de todos los sectores venezolanos

fueron, además de numerosas, muy concurridas, cálidas y sinceras. Al ser testigo de todo ello, uno no podía sino estar orgulloso como mexicano y confirmar que Jesús había cumplido a cabalidad su misión diplomática.

En Perú, Puente Leyva vivió de cerca el sonado, rápido y espurio encumbramiento político del escritor Mario Vargas Llosa, que finalmente se vio coronado por el fracaso. Abanderado de una causa política de oposición de corte neoliberal, motivó una seria polémica cuando el embajador tuvo que responder públicamente las expresiones agresivas que el escritor lanzó contra México y nuestro gobierno, acusándolo de ser un gobierno autoritario y proestatista, que merecía juicios críticos de quienes, él por ejemplo, pretendían convertirse en nuevos líderes políticos en América Latina.

Su estancia en Perú fue también plena en actividades culturales. La principal, una serie de eventos en torno a la figura del regiomontano universal, don Alfonso Reyes, al cumplirse el centenario de su natalicio. Ellos fueron: toda una reseña documentada de lo que fue el interés de Reyes en Perú, una representación teatral con el tema de Ifigenia cruel, una exposición iconográfica de Reyes con obras de artistas mexicanos y



En Venezuela, Puente Leyva con José Luis Cuevas durante la exposición organizada por el consejero cultural Francisco Valdés Treviño, en coordinación con el Museo Nacional de Bellas Artes, la cual resultó todo un éxito.

peruanos, y una exposición cronológica de fotografías y libros en la Biblioteca Central de Lima.

Cuando era embajador en Perú, Puente Leyva fue invitado a la ceremonia en la que tomó posesión como Presidente de la República Carlos Salinas de Gortari; era diciembre de 1988. A la hora del saludo de estilo, el nuevo Presidente le pidió que lo fuera a ver a Los Pinos. En la entrevista que tuvo lugar unos días después, Salinas de Gortari le dijo que el Presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, le había solicitado expresamente disponer que Puente Leyva volviera como embajador a ese país.

Sobre este particular, Jesús me contó la respuesta que le dio: “Sucede que yo salí de Venezuela donde todo era miel; mis hijos se habían hecho y adaptado tanto a Venezuela que ya no cantaban rancheras, cantaban joropos; ya no rasgueaban la guitarra sino que tocaban el cuatro venezolano y ya debía salirme de ahí porque la identidad de mis hijos con México era muy importante para mí. Entonces –recuerda Puente Leyva– me dijo Salinas: ¿y qué te parece Buenos Aires?”. Meses después era designado Embajador en Argentina.

En su momento, Puente Leyva coadyuvó a la convivencia de México con Argentina en la búsqueda de nuevos cauces de realización hemisférica, como el fortalecimiento del Grupo de Río, y estuvo atento a la creación y primeros pasos del Mercosur.

Al poco tiempo de llegar a Argentina logró un acuerdo de supresión de visas facilitando viajar entre los dos países a los nacionales respectivos y propició la instalación de empresas mexicanas en aquellos lares. Sus presidentes, Carlos Salinas de Gortari y Carlos Saúl Menem, realizaron mutuas visitas para acordar acciones de cooperación.

La dinámica que Puente Leyva imprimió a su trabajo en Argentina le permitió ganarse la confianza y buen trato del Presidente de ese país. En varias ocasiones, Carlos Saúl Menem acudió a cenas que ofrecía nuestro embajador en la residencia. En una de ellas, un importante ministro del gobierno argentino dijo, dirigiéndose al mandatario: “Bueno, señor Presidente, aquí y en México se sabe que el Embajador Puente Leyva es un conocido militante izquierdista”. Entonces éste expresó: “Mire, señor Presidente, debo decirle

a usted que si de algo me arrepiento en la vida es de no haber decidido, cuando fui joven universitario, militar activamente en un partido de izquierda en mi país... pero nunca lo hice. Siempre he sido un militante convencido del PRI; he sido un activista político desde joven, orador de campañas y congresista por mi partido”.

Puente Leyva recordaba: “Siempre llevé una buena relación con ese ministro; desconozco cómo fue que me confundió en esas instancias porque, en verdad, una de mis lagunas –no solamente políticas sino intelectuales– ha sido no haberme comprometido de joven con la izquierda militante”.

Si su despedida de Venezuela en 1986 estuvo llena de afectos y reconocimientos, su regreso para una segunda estancia que fue de 1995 a 2001,

“Si de algo me arrepiento en la vida es de no haber decidido, cuando fui joven universitario, militar activamente en un partido de izquierda en mi país”.

fue todo un acontecimiento para los círculos políticos, culturales e informativos de dicho país.

Aquí resulta oportuno recordar que la familia de un embajador debe asumir también las obligaciones que le corresponden. En el caso de Puente Leyva, su esposa Blanca Treviño, nueveleonesa, doctora en medicina, egresada de la Universidad de Nuevo León, desarrolló una intensa tarea en los países que lo acompañó.

En Venezuela –durante la primera ocasión que estuvo ahí Puente Leyva como Embajador–, Perú y Argentina, fue Presidenta de la Asociación de Damas Diplomáticas.

Seguramente, este hecho y acompañar a Puente Leyva en sus deberes diplomáticos le dio muchas satisfacciones, pero tuvo que asumir sus costos, especialmente tener que abandonar durante largos años la práctica de su profesión de doctora que antes había ejercido con eficacia en



Durante los años de su ejercicio en la diplomática, México tuvo en Puente Leyva un embajador de extraordinaria calidad. En la imagen, conversa con Francisco Valdés Treviño durante una reunión social celebrada en Caracas, Venezuela.

Monterrey y en la Ciudad de México. El propio Embajador me comentó: “Afortunadamente, en un momento de lucidez, decidió regresar a México y reincorporarse a su carrera después de un proceso de actualización en el aula universitaria, seminarios y clínicas especializadas”.

La situación en la que llegó Puente Leyva a Venezuela por segunda ocasión fue muy diferente a la de 15 años antes. Lo más importante que sucedió en la relación bilateral México-Venezuela en esa segunda etapa tuvo relación con el petróleo. Los presidentes de México y Venezuela, Ernesto Zedillo y Hugo Chávez, se pusieron de acuerdo para facilitar el diálogo interno en la OPEP a fin de que, por primera vez, países no miembros de esa organización participaran en una estrategia que permitiera elevar las decaídas cotizaciones del petróleo en el mercado mundial.

Sin duda, este fue uno de los acontecimientos más importantes en los que intervino Jesús Puente Leyva en su función de embajador, pues la estrategia puesta en práctica no solamente tuvo significado entre México y Venezuela, sino que

sobrepassó los límites de la relación bilateral y condujo a negociaciones y acuerdos que favorecieron a nuestro país e impactaron la economía mundial.

Durante una visita que Jesús hizo a Monterrey a principios de 2007, tuvimos otra larga conversación. En relación a la actualidad venezolana me comentó: “El Presidente Chávez derrotó en 1998 a los viejos partidos políticos del país, consumando lo que algunos analistas consideran el ‘triumfo de una revolución por las urnas’. El tema de Chávez y la llamada nueva Venezuela bolivariana (encauzada ahora hacia el llamado socialismo del siglo XXI) es polémico y polarizante”.

Su última representación diplomática la ejerció como embajador en Uruguay ante el gobierno de Jorge Batlle. Aceptó ese compromiso porque se trataba de negociar con la mayor rapidez posible un Tratado de Comercio. En año y medio el tratado bilateral estaba firmado por ambos países, y en enero de 2004 regresó definitivamente a México.

En el cumplimiento de sus funciones, llevó a cabo una admirable labor de difusión de nuestra

cultura. Incansable, imaginativo, siempre entusiasmado. El cine, la plástica, la artesanía, la literatura, la música, la antropología, la historia, en fin, todo aquello que significaba una dimensión de la cultura de México fue objeto de su esfuerzo para mostrarla en los países donde estuvo acreditado. En Venezuela, Perú, Argentina y Uruguay, Puente Leyva se esforzó con éxito por darle la importancia que reviste la presencia de la cultura mexicana. El hecho de que durante 23 años Puente Leyva haya sido embajador en cuatro países de América Latina le proporcionó una visión clara, bien fundada en el análisis y en la experiencia, del sitio que México ocupa en el contexto continental.

Al solicitarle una impresión de su ya para entonces significativa carrera en el Servicio Exterior, afloró su formación académica, su conciencia nacionalista y su vasta experiencia socio política: “Un resultado de mi experiencia política y diplomática es que el costo-beneficio de ver y evaluar a México desde fuera es importante. Los costos son, precisamente, estar fuera del país, con todo lo que ello significa; los beneficios son constatar desde fuera, y en la perspectiva que ofrecen esas circunstancias, que México es un país con un proyecto histórico que subsiste y actualiza a pesar de los problemas políticos, económicos y sociales que hemos experimentado en las últimas décadas. El hecho es que México –no tengo dudas– es uno de los pocos países de América Latina que tiene un proyecto histórico de largo plazo. La premisa de ese proyecto –discutido, frecuentemente, considerando mayor o menor participación del estado en la vida económica y en el desarrollo social del país– es que nadie debe quedar fuera o abajo del carro de la modernidad. No se puede mantener un país, con pragmatismo convencional, en el auge económico de una parte de la población mientras otra se mantiene marginada y deprimida. México ha resuelto sus problemas a través de la intervención del Estado. México ha logrado que los problemas que tienen que ver con el pan, con el jabón y con el alfabeto –alimentación, salud y educación– se resuelvan, en grado significativo, con la eficaz intervención del Estado. Si en la búsqueda de la modernidad y en el entorno de lo que se ha dado en llamar ‘la transición política de México’, estos problemas deben encontrar

solución por vías que esencialmente justifican el juego de la oferta y la demanda; habrá que considerar también lo que no pueden resolver las fuerzas del mercado para que en la más vieja y legítima tradición de México, esos problemas encuentren solución”.

Todavía con su plena lucidez mental, Jesús Puente Leyva dejó de existir 34 días después de cumplir 74 años, el 28 de octubre de 2011. Falleció teniendo como entorno el amor de su esposa, la Dra. Blanca Treviño y de sus hijos Jesús, Lucía y Jimena. Un mes antes de su deceso, todavía hizo lujo de su imaginación y talento al dictarle a su esposa, la siguiente reflexión:

Guardaré mi trompo y mi balero  
 en la cajita de mis recuerdos  
 monólogo ocioso en el vacío  
 dialogo con el eco de mis propias palabras.  
 ¿Seré yo el error estadístico  
 de Borges?

sólo sé que sobrevivo  
 a todo y a nada.  
 Guardaré el trompo y el balero  
 en la cajita de mis recuerdos.  
 Volveré al seno de mi madre.  
 Todo  
 y  
 nada,  
 vísperas de otras vísperas  
 mañana de otras mañanas.

Tuve el honor de colaborar con Puente Leyva en Venezuela desde enero de 1984 hasta junio de 1986 y puedo dar testimonio fehaciente de su eficiencia como Embajador. Más allá de la amistad que nos unió, rigurosos y exigentes que ambos hemos sido con nosotros mismos, declaro que como mexicano me siento muy orgulloso de que nuestro país haya tenido un Embajador de su extraordinaria calidad.



Puente Leyva y su esposa Blanca Treviño acompañados de Francisco Valdés Treviño y su esposa Martha Irene de los Santos, en 2010.